

Saber y Verdad*

*Myrta Casas de Pereda***

Resumen

En Freud se reúne, en un momento dado de su obra, el ver saber con la ceguera-ignorancia sostenido en el mito edípico (Sófocles). El mito articula sentidos reales e irreales. Freud, recurriendo al Mito o a las Fantasías Originarias, muestra en su pensamiento la subordinación de la realidad psíquica a lo simbólico.

La verdad del sujeto (de deseo inconciente) siempre se escapa o es escamoteada en el discurso conciente, pero también es desde allí que el error o la incertidumbre nos aproximan a lo verdadero de lo inconciente.

Saber-Verdad y Sujeto son los elementos presentes en el texto de Foucault que refiere al Edipo para pensar las estructuras de Poder.

Realizó una reflexión sobre el texto desde la perspectiva psicoanalítica. Se subrayan los aportes enriquecedores desde lo estructural para el Psicoanálisis así como las carencias o riesgos de dicha perspectiva. En especial, lo referente al desdibujamiento o desaparición del Sujeto. En la figura del Rey Edipo, Foucault resume poder y saber. Desde nuestra lectura se infieren allí las funciones yoicas de desconocimiento, necesidad de la desmentida y la presencia de la verdad que no tiene poder más que articulando la castración, mientras que el mentado poder queda del lado del engaño. Se subraya la diferencia con Freud que lleva al mito al lugar de recurso psicoanalítico, pues le adscribe la circulación del deseo. Permite así inferir la estructura edípica donde se juega cada vez la singularidad del Sujeto.

* Trabajo presentado en las Jornadas de Epistemología y Psicoanálisis realizadas en Montevideo el 23 y el 24 de Mayo de 1990.

** Av. Gral. Rivera 2516, Tel. 4048 79, Montevideo

Summary

Sight-knowledge and blindness-ignorance are united at a certain point in Freud's work and sustained by the Oedipal myth (Sophocles). The myth articulates real and unreal meanings. Freud, resorting to myth or primal phantasies, shows the subordination of psychic reality to symbolism in his thought.

The individual's truth (of his desire, unconscious) always escapes or is swindled in conscious speech -yet here error or uncertainty carry us closer to truth in the unconscious.

Knowledge-truth and individual are the elements present in the text in which Foucault refers to the Oedipus to think of the Power structures.

I reflect on the text from the psychoanalytic perspective, highlighting the enriching contributions to psychoanalysis from the structural field together with the deficiencies or risks entailed -particularly in relation to the fading or disappearance of the individual. Foucault sums power and knowledge in the figure of King Oedipus. From our reading, we construe the ego-functions of unknowing, the need for denial and the presence of a truth powerful insofar it articulates castration -while power itself remains on the side of deceit.

We underline the difference with Freud, who uses the myth as a psychoanalytic resource, in attributing the circulation of desire to it.

We may thus infer the oedipal structure where the subject's individuality is always at stake.

Una pregunta de la que podemos partir es acerca de si el realismo (o la realidad) en Freud apunta a la verdad interjuego esforzado entre develar la verdad y ocultarla es tal vez la obra misma realizada por Freud, sobre todo en los primeros años del descubrimiento, sus sueños, sus actos fallidos, sus escritos. Su deseo de ver-saber (la verdad) lo acerca en esa especie de metonimia (propia del sentido que encadena otros y lo aproxima a lo inconciente) al ver-mirar-saber y la ceguera-ignorancia que el Edipo de Sófocles le aporta. Metáfora presente en el mito y que entra a su vez a formar parte de la teoría.

Singular importancia de este paso freudiano que aúna el develamiento-invencción de más fuerza en la historia del psicoanálisis, al tiempo que nos permite leer allí su propia peripecia edípica que coadyuva en dar lugar a dicha creación (sublimación). Describe el Edipo con todo el despliegue de esa puja entre el deseo de saber y la resistencia de la verdad a emerger (o ser formulada). Anudamiento de la transgresión (saber) con la interdicción donde la verdad como “punto de horror” (2), sitúa en paralelo la muerte del padre con el deseo de darle muerte.¹ Este aspecto (el Edipo «de» Freud y en Freud) lo trabajo a propósito del sueño (a la muerte de su padre) «se ruega cerrar los ojos».² Período éste de su autoanálisis donde se hacen presentes la muerte del padre, las fantasías y deseos parricidas (nivel imaginario) junto al «padre muerto», lugar simbólico desde donde poder pensar, sublimar, crear... el Edipo. «El Mito es la tentativa de dar forma épica a aquello que opera en la estructura», señala Lacan (8); y ambas dimensiones (destacadas) se anudan en Freud cuando «descubre» sus deseos edípicos en el ámbito de los sueños que refieren a la muerte del padre, en plena transferencia con Fliess.

Discurso psicoanalítico que da entrada al mito en la teoría para dar cuenta de un punto de conjunción vida-muerte, deseo-transgresión, inscripción-represión. Es que como señala M. Eliade (3) «los dioses o los mitos revelan una estructura de lo real inaccesible a la aprehensión empírico-racionalista»³ Y este lado de opacidad que hace presente la necesidad de un mito, se acerca al ombligo del sueño a lo inaccesible o lo siniestro que evocan precisamente lo que tiene que permanecer no-sabido.

Y no se trata sólo del contenido del mito, que también importa, sino de lo que en él se articula. Pienso que Freud también hace presente en las Fantasías Originarias (escena primaria, seducción, castración, vuelta al seno materno) de un modo menos articulado, los elementos esenciales de la estructura edípica (1) (M. Casas de Pereda)

¹ Saber, ignorancia y verdad se articulan en la tragedia griega. Allí la ignorancia de Edipo se acerca o toca lo real (punto de horror) ya que lo imposible, formulado como prohibición del Incesto, se hace posible *a-posteriori*, cuando entra en conocimiento de la legislación de los hechos. Lo simbólico, en la legislación, estructura de las leyes, se concretan o se hacen presentes en el castigo. Pero éste ya no pertenece a lo simbólico sino que se ubica en el amplio espacio imaginario de la culpa y el castigo.

² Y que no transcribo para este relato.

³ Frase destacada por Séllica y Carlos Mendilaharsu en Mito edípico. Teoría y Saber. Rev. Temas N° 7

ubicadas en el origen, «originadas», como un modo de referirse a lo que siempre escapa a la conceptualización. Múltiples facetas pues, que se articulan en el mito y que nos permiten subrayar (en Freud) la subordinación de la realidad psíquica a lo simbólico.

Subordinación que condiciona las articulaciones mencionadas y su modo de realización, parcial, no lineal, en tiempos lógicos y no cronológicos y que hace que la duda o el desconcierto sean señales fuertes, para inferir que por allí viene algo de verdadero (en relación a lo inconciente), alejándonos así de la verdad científica. Y a esto se agrega que una función esencial, cual es la función yoica, se ejerza en gran medida volviendo el saber en no-sabido.

Desde la *Proton Pseudos* (primera mentira) que Freud introdujera para la Histeria a los *lapsus*, desde el falso enlace (para la transferencia) a los actos fallidos, o en la razón misma del a *posteriori*, estamos siempre en el discurso freudiano ante la radical «verdad, del engaño, el fallo, el equivoco. Nos enfrentamos a una asimetría que pondrá en entredicho la validez del *Cógito* cartesiano y nos lleva a un abandono de toda pretensión de adecuación y ajustes causales.

El sujeto apareciendo o produciéndose en esos fallos del discurso, de la estructura en funcionamiento, nos aproxima al valor del acto, acontecimiento. No como efecto de una combinatoria (como sería una perspectiva estrictamente estructuralista) sino atestiguando la presencia del deseo.

Saber entonces que tiene que ver con la verdad del sujeto del inconciente y que será, de acuerdo a Freud, siempre parcial, pues tropezamos con ese lado siempre incognoscible del inconciente.

Realismo-realidad y verdad era un punto de partida. Con el sesgo de la introducción del mito se desplaza el cotejo ahora entre simbólico y verdad. Se crean nuevos espacios que abarcan y representan, necesitando de la irrealidad del mito⁴ para atestiguar de ese simbólico y real que hacen nudo. Ya en la historia de las ideas se hace presente una polémica que el psicoanálisis prolonga. Lacan toma de Platón el que «una

⁴ Ver desarrollo realizado por Daniel Gil (5) del concepto de irreal que Lacan introduce en relación al mito.

invención una vez producida se presenta como algo que engendra su propio pasado, como un descubrimiento eterno (...) que la invención del símbolo se presenta una vez inventada como un pasado eterno».⁵

Pero a su vez Lacan introduce un cuestionamiento en ese saber como emergencia del mundo simbólico al señalar que hay error en todo saber, y que ese pasado que se crea a partir de lo simbólico no es eterno o inmutable o total. «En todo saber hay una vez constituido, una dimensión de error, la de olvidar la función creadora de la verdad en su forma naciente.» (9) Por eso sitúa el campo del psicoanálisis a nivel de la ortodoxa (opinión verdadera), sólo opinión, que recorta la verdad y hace posible el error o la incertidumbre.

Como ejercicio de reflexión realicé un cotejo entre dos textos sobre el Edipo que tocan precisamente estas aristas difíciles de categorizar que señalaba antes. Dejo de lado para esta presentación lo trabajado sobre el texto de Freud (un sueño de la correspondencia con Fliess y presente también en la Interpretación de los Sueños) y me referiré a los aportes de Foucault sobre el Edipo en su libro La Verdad y las Formas Jurídicas (4). Es una suerte de diálogo confrontado desde mi perspectiva psicoanalítica con este «pensador de lo diagonal... » «que interroga incansable lo que cualquier saber implica...» (6) acerca del saber, la verdad y el sujeto.

Foucault se propone como inquietud e interés ver «... cómo se produce, a través de la historia, la constitución de un sujeto que no está dado definitivamente, que no es aquello a partir de lo cual la verdad se da en la historia, sino de un sujeto que se constituyó en el interior mismo de ésta y que a cada instante, es fundado y vuelto a fundar por ella.» Para el autor el sujeto y el saber es creado cada vez sin preexistencia o preeminencia del sujeto de conocimiento.

Propuesta inicial que como punto de partida resulta tan enriquecedora para una concepción no genética del sujeto o del desarrollo del individuo, abierta a la importancia de los factores que coadyuvan a determinar una estructura psíquica. Por otro lado se ubica enfrentado al Psicoanálisis y plantea que éste en realidad tiene una visión cartesiana o kantiana del Sujeto (de la teoría del Sujeto). Toma y hace suya la tesis del

⁵ Hyppolite en Seminario 2. Lacan (9). pag.35, Ed. Paidós.

antiedipo (Deleuze, Guattari y los aportes de Lyotard). Por otro lado nos ofrece sus hipótesis sobre la verdad (que pondrá en cuestión con el saber y el conocimiento). Ellas son dos, a saber: una a la que llama historia interna de la verdad y que se corrige por sus propios principios de regulación y que homologa a la que se hace a partir de la historia de las ciencias. La otra, que en realidad revela su adhesión a lo estructural (aunque su ambivalencia al respecto es explícita):⁶ «Sitios en la sociedad definidos por reglas de juego a partir de las cuales vemos nacer ciertas formas de subjetividad, y que denomina historia exterior de la verdad.

Realiza un desarrollo acerca del poder, ubicándolo como un elemento esencial para la posibilidad de la Verdad y por ende del Sujeto. Desde ya que su recorte es el de la filosofía, la historia, la sociología, pero para iniciar su recorrido lo hace tomando «el nacimiento de una indagación en el pensamiento griego, en algo que no llega a ser un mito ni es enteramente una tragedia: la historia de Edipo.» Singular comienzo entonces para este tema del saber, el sujeto y la verdad. Porque también esos tres elementos son lo que el psicoanálisis privilegia en la constitución del inconsciente o sus efectos donde el Edipo como Complejo nuclear (Freud) o como estructura, es un elemento nodular.

Comienza por el Edipo para descentrarlo de la posición privilegiada que le otorga el psicoanálisis. Nos cuestiona sobre el mal uso que pueda llevarse a cabo de un idea, un concepto; pero nos permite re-ubicar el Edipo como peripecia estructural, escenario, lugares que articulan, textura que anudará el deseo en la singularidad cada vez diferente de lo individual. Porque pienso que el Edipo no es un punto de llegada, una verdad a ser denunciada como solución analítica, sino que pensar en estructura edípica unida a complejo, dinamiza y enriquece el abarcado de la neurosis.

Foucault va a hablar de la Historia de Edipo «no como punto de origen, de formulación del deseo del hombre sino, por el contrario, como episodio bastante curioso de la historia del saber y punto de emergencia de la indagación».

En dicha formulación aparecen como contrarios el origen del deseo y el saber. Creo que esa oposición es cuestionable en la medida que pensemos que ambos

⁶ «Ni Deleuze ni Lyotard, ni Guattari, ni yo hacemos nunca análisis de estructura, no somos en absoluto “estructuralistas”.»

elementos se determinan e intrincan.

Deseo de saber, saber inconciente sobre el deseo, no hay posibilidad de conocerlo más que por sus efectos, y éstos resisten, recubren, deforman y muestran a la vez.

Es el saber (no sabido) el que queda precisamente del lado del Inconciente y el Poder quedará del lado de lo que lo oculta (el yo como efector del desconocimiento).

Pero sin duda las cosas no son simples de objetivar y debemos buscar todo el tiempo en los bordes entre ambos elementos, que es lo que hace a lo singular de la escucha analítica. Cuando Foucault plantea (tomando ideas de Nietzsche) que el conocimiento tiene un lado de violencia y poder en si mismo, que hace innecesaria la existencia de Dios, intenta de ese modo salir de la perspectiva cartesiana y su necesidad de garantías. Quiebra con dicha continuidad (saber, conocer, instinto, cuerpo y verdad) proponiendo una teoría de la discontinuidad.⁷ Toma de Nietzsche el que el conocimiento sea bajo forma de actos diferentes y múltiples por los que el ser humano se apodera violentamente de las cosas; conocimiento como apoderación violenta, violentadora, violadora. Pero también agrega que el «conocimiento esquematiza, ignora las diferencias, asimila las cosas entre sí, y cumple su papel sin ningún fundamento en verdad.»

Es como asistir exactamente a esa lucha entre la aprehensión de realidades (en lo que está entonces implícito el deseo inconciente, deseo de re-conocimiento) y la única manera de vérnosla con ellos: asimilando, conociendo, imaginarizando. De todos modos, su propuesta contiene otro sesgo diferente, pues plantea que la constitución o formación de los Sujetos de conocimiento es correlativa a las relaciones de verdad (pag.32).

Comienza a hablar sobre Edipo planteando que «no sería pues, una verdad de naturaleza sino un instrumento de limitación y coacción que los psicoanalistas, a partir de Freud, utilizan para contar el deseo y hacerlo entrar en una estructura familiar... ».

En parte enuncia una verdad, «una cierta manera de contar el deseo», pero incluida en una propuesta desvalorizadora y agrega «que permanezca (el deseo) en el

⁷ M. Poster (10) ha señalado que Foucault es un historiador de la discontinuidad.

seno de la familia y se desenvuelva como un pequeño drama burgués entre el padre, la madre y el hijo». Drama ilimitado y al servicio de una manipulación psicoanalítica, lugar y efecto de poder. Lo describe como un lugar de coacción del psicoanálisis, pero sin quererlo, al hacer presente «que se ejerce sobre nuestro deseo y nuestro inconciente», deja abierta la intelección del interjuego de ser afectado por los otros, de ser también efecto de discursos de otros. Se propone entonces «hacer aparecer aquello que ha permanecido hasta ahora más escondido, oculto y profundamente investido en la historia de nuestra cultura: las relaciones de poder». Y para ello expresa su punto de partida, al que nosotros volveremos. «Creo que hay realmente un complejo de Edipo en nuestra civilización. Pero este complejo nada tiene que ver con nuestro inconciente y nuestro deseo y tampoco con las relaciones entre uno y otro. Si hay algo parecido a un complejo de Edipo, éste no se da al nivel individual sino al nivel colectivo; no a propósito del deseo y el inconciente sino a propósito de poder y saber.»

Intentaré leer en su desarrollo la presencia de aquello que propone como lo no verdadero y trataré de mostrar cómo el poder y el saber vuelven al lugar individual singular del yo como sujeto de desconocimiento (del inconciente).

Me refiero a que correlativa a la fuerza del deseo inconciente aparece la fuerza de su resistencia (de la imposibilidad radical que se imaginariza como prohibición, por ejemplo) ejercida por las llamadas funciones yoicas.

«La verdad se encuentra allí donde no es esperada ni deseada», señala Green (7); de ahí que el poder en realidad sí lo planteamos desde lo que es efecto, desde lo que está en la realidad, desde lo que es más aprehensible, es el poder del desconocimiento y su laboriosa tarea de armado y desarmado (para volver a armar) fantasías, construcciones, ficciones, teorías, mitos. Sólo que en ellas podemos leer otros sentidos (no los explícitos) y que reconducen a la necesidad de su existencia, o su articulación.

Si el saber otorga o implica poder, éste se manifiesta muchas veces en la infatigable producción que apunta a la coherencia de sentidos y que en la misma medida que avanza en ella se aleja cada vez más del no-sentido que promueve dicha marcha. Por eso el poder del saber apunta más al desconocimiento que a la verdad aunque dicha operación de conocimiento que se constituye en las sucesivas articulaciones de sentido da lugar también a que la verdad aparezca. Sólo que en general no lo sabemos cuando

así acontece. Necesitamos ubicarnos en el lugar del analista para prestar oídos a eso que allí se produce y propicia el trabajo de análisis.⁸

Creo que podemos ver estos elementos desplegados en las reflexiones de Foucault acerca del poder y la Verdad en torno a los personajes del Edipo de Sófocles, y especialmente en lo referente a la figura del Rey Edipo. Si bien no toma al mito en sus posibles sentidos sino que analiza el tipo de discurso de la obra, el modo de preguntar y responder de los personajes, desliza su propio sentido que articula con las ideas del Antiedipo y lo ubica, como vimos, como paradigma de un modelo de poder que se ejerce entre psicoanalista y paciente.⁹

Foucault relata su lectura de la tragedia griega y en ese relato va proponiendo distintos lugares para distintos saberes así como leyes de funcionamiento. Así, el mecanismo de «la verdad, obedece a una ley, especie de pura forma que denomina «ley de las mitades» e indica que el descubrimiento de la verdad se hará a todo lo largo de la obra «por mitades que se ajustan y acoplan». Resulta de una coherencia estricta este modo de concebir la verdad. Se perfila el desdibujamiento de los personajes ¿(del Sujeto?) y nos ubica ante una propuesta riesgosa del símbolo que por coagulado en la coherencia de ese objeto (las dos mitades) va a resultar, claro está en un «instrumento de poder» (como señala Foucault, técnica jurídica, político y religiosa: el símbolo)

Pero Foucault agrega que a esta verdad le «falta algo, que es la dimensión del presente, la actualidad, la designación de alguien». Hace presente ese lado de falta entonces que no puede abarcar la mencionada ley, pero inmediatamente lo remite a otro lleno, o lo rellena adjudicando dicho relleno al testigo. Necesita ubicar en un «testimonio, la realidad de esa «falta» y dirá que la verdad queda confinada al lugar del testigo (lugar de la verdad sin poder -el esclavo, el pueblo, la memoria).

⁸ Sería ámbito de la ortodoxa -mencionado antes a propósito de Lacan- quien a su vez aporta una propuesta discriminada entre saber y verdad. Introduce la episteme como saber articulado que funciona en la coherencia del discurso del que se encarga el yo en su función de ligazón, y entre ella y la ignorancia hace lugar a un lado verdadero no aprehensible por el saber ligado que es la opinión verdadera (ortodoxa).

⁹ Este planteo, de acercar poder y saber nos abre a cuestionadoras propuestas para pensaren el problema ético del psicoanálisis, de los psicoanalistas y especialmente de las instituciones psicoanalíticas donde poder y saber se vuelve la dupla siniestra que pone en riesgo de conducir a la desaparición de la investigación reflexiva o al estallido del grupo.

Es que el problema radica no en intentar juntar todo el tiempo las mitades para organizar un discurso cerrado, sino en perder la preocupación de la reunificación y síntesis. El deslizamiento a la búsqueda de exactitud en el mensaje, la precisión o la coherencia, hacen que en realidad pueda perderse la verdad. Ella queda más próxima a la certeza que a la exactitud. También en la utilización de la metáfora del Simbolon llevada a ley, el símbolo pierde el sentido simbólico referencial, no hermenéutico (sentido psicoanalítico) y vuelve a adquirir o promover una fantasía de totalidad (imaginario), donde además se ubica la verdad.

Para su propuesta de investigación, realiza el autor una subdivisión en tres niveles en torno a los personajes de la obra:

- 1) El nivel de la profecía o de los dioses; Tiresias, el divino-advino;
- 2) El nivel de los reyes, los soberanos (Edipo-Yocasta) y
- 3) de los servidores y esclavos (Polibio, Citeron).

Agrega que la mirada de los dioses o profetas «reaparece en la mirada de los testimonios...» en la que cuesta creer (Edipo y el coro), y ubica el recuerdo (testimonio) y el discurso de los hombres como «una imagen empírica de la gran profecía de los dioses, lo que hace del conjunto un mundo simbólico..»

Y en medio de ambos niveles Edipo que quiere saber y en quien Foucault reúne saber y poder.

Y el énfasis recae sobre el poder de Edipo ya que no quiere saber para no perder su poder. Pero es esta misma afirmación que podemos oír de otro modo. No quiere saber para no perder su poder, no de Rey sino de desconocimiento para que no deje de «reinar» su deseo (incestuoso). Sin duda lo que está en cuestión es la caída del poder de Edipo «pues el deseo es seguir «no sabiendo». Edipo «sin querer consigue establecer la unión entre la profecía de los dioses y la memoria de los hombres», señala Foucault, e intenta ubicar al sujeto en el universo simbólico, pero como «función» o articulación, y lo borra como ese sujeto que él mismo definía realizándose cada vez en diferentes momentos de su historia (sin preexistencia del sujeto de conocimiento). Formulación que lo acercaba mucho a la propuesta lacaniana del sujeto como todo lo previo al surgimiento de la episteme (saber articulado) como lo que sostiene (y es sostenido) en su articulación al deseo inconciente. Para él, Edipo resulta al final «un personaje

superfluo» que podía y sabía demasiado, el «hombre del exceso, que tiene demasiado de todo, en su poder, en su saber, su familia, su sexualidad. » Tomando esos tres niveles que propone Foucault, me permito aventurar en ellos una propuesta psicoanalítica.

Vería en ese segundo nivel -el de los reyes o soberanos-, al yo, o mejor, funciones yoicas de síntesis y desconocimiento. Nunca totalmente efectivas (a menos, claro, que la renegación aparezca con esa fuerza que caracteriza la necesidad de la defensa), no absoluta; decía pues, van juntas como bien lo señala Foucault, el no saber (o el no querer saber) con el saber en demasía. El describe el poder unido al saber pues fue Edipo el que supo resolver los enigmas de la esfinge, para aparecer luego como el que no sabe o aún que sabe sin saber. «El hombre de la mirada» (el que veía-sabía), dice Foucault, pero es cuando pierde la mirada cuando realmente llega a saber.

Reinado que atestigua en su misma esencia, la existencia de una trama en la que se articulan preguntas, tiempos, deseos, prohibiciones. Tal vez es entonces un sujeto “constituyendo su historia”. Porque Edipo, como personaje, aparece al mismo tiempo como metaforización de instantes de aparición del sujeto en su expresión y aprehensión de deseos, en esos *a-posteriori* que va delineando la obra. Momentos de articulación de deseos y realidades, simbolizaciones, que adquieren todo el peso de un simbólico anudado a un imaginario, sobre todo, a un real «terrible».

Al horror hay que representarlo para en parte domeñarlo, y eso es lo que hace Sófocles y lo que vislumbra Freud cuando retoma la tragedia edípica en medio de su proceso de «auto “análisis”».

El primer nivel de los dioses y adivinos (y que sobre el final Foucault junta con los filósofos),¹⁰ el nivel de las profecías tiene mucho de ámbito de legislación de deseos (y de simbólico por lo tanto) al tiempo que también introduce algo del orden del castigo. El parlamento de Tiresias es un ejemplo de ambas vertientes. No dice «tú fuiste quien mató», sino «prometiste que desterrarías a aquél que hubiese matado; ordeno que cumplas tu voto y te destierres a ti mismo». Enuncia así lo esencial (o nodal) de la legislación que en la medida que no es cumplida debe ser reconocida en su propia expresión de deseos. Y al mismo tiempo aparece la culpa y el castigo. ¿No estamos ante

¹⁰ «Cuando el poder es tachado de ignorancia, irreverencia, olvido, oscuridad, quedarán por un lado el adivino y el filósofo en comunicación con la verdad, con las verdades eternas de los dioses o del espíritu.» (pag.58)

un registro superyoico?

Y finalmente el tercer nivel, el testimonio, el pueblo, los pastores, el esclavo, la memoria, son otros aspectos de esa función yoica que puede en un momento dado evocar «realidades», «verdades», acontecimientos que serán encadenados luego (momentos de a posterior) para hacer adquirir sentidos (nuevos-viejos sentidos).

Cuando Foucault designa este ámbito como verdad sin poder, escuchamos allí una manera de referirse a que cuando aparece algo verdadero no hay poder; viene desde donde no se lo valora, insiste como letanía o es desestimado. Y esto también corresponde al yo hablante y al discurso.

Para Foucault, el saber y el poder están presentes en el mismo lugar, el del Rey Edipo. Para nuestra escucha psicoanalítica y según lo dicho antes, el saber que no es necesariamente (o no solamente) la verdad, tiene un poder relativo, engañoso, pues una función que le es inherente (al yo) es la del desconocimiento. Interjuego de negación y desmentida que se conjugan en dicha función ya que el prefijo des denuncia un lado activo, el trabajo llevado a cabo sobre lo que sigue a continuación: el conocimiento. Trabajo propio del yo y que atestigua la división del sujeto. (Lo inconciente que no puede ser aprehendido y del que da cuenta la negación, desmentida o la misma represión en su carácter estructurador.)

Y el ausente de los tres niveles es el deseo (inconciente) y no solamente en su faz más imaginarizada (mito) del complejo de Edipo freudiano (el incesto y su prohibición), sino en el armado con los múltiples hilos de Ariadna que teje y es tejido cada vez el sujeto (siendo y haciéndose historia).

Fruto de su «incesante interrogación sobre la pretensión de verdad de los discursos científicos» (6). Foucault deja sin lugar al sujeto para quien él mismo reclamaba un lugar al comienzo de esta obra. Porque de algún modo al dejar la posible «verdad» en un lugar real aunque abstracto, lugar sin poder, sin efectos (sobre el sujeto), la desnaturaliza.

La profecía y el testimonio se reúnen porque una remite a la otra y allí queda la verdad (entera, abstracta) sin destino ni destinatario. Edipo resulta un eslabón que se

vuelve «superfluo» y queda de relieve una verdad sin sujeto.

Si tenemos que desubjetivizar el Edipo, ubicándolo como instrumento de poder (al servicio de los analistas), ¿no será porque Foucault no puede con él? ¿no volvemos a lo que él mismo denuncia?: «los discursos son importantes porque revelan el juego de poder en una situación dada». (10)

Señalé antes cómo Foucault reunía a los personajes (en sus tres niveles) en un «mundo simbólico». Ello mismo me indujo a ubicar allí aspectos de la estructura psíquica de un sujeto (yo, superyo). Señala que «el testimonio serían imágenes empíricas de la profecía», y me uno a su propuesta ya que se trataría de un modo de hacer presente algo de la legislación y la «administración» de la misma por las funciones yoicas. Pero nuestras sendas divergen en la medida que Foucault lo deja como vínculos entre sujetos diferentes; los mantiene por separado y deja a la figura central como centro de poder en sí mismo o sin sentido, imagen tambaleante y superflua, cuando pierde su poder (de rey).

Tal vez Foucault al plantear tres niveles deja en suspensión a tres sujetos diferentes cuando en realidad la tragedia evoca la peripecia de un personaje, de un sujeto sometido al deseo que va creando su historia. Se crea como sujeto de deseo para encontrarse con la castración en un real de mutilación (que sólo en parte lo ubica ante la castración simbólica).

La verdad no tiene poder más que articulando (articulada) a la castración, mientras el poder queda del lado del engaño.

Momentos, pues, de coincidencia y de divergencia se alternan en este cotejo de ideas donde Foucault tiene la extraordinaria fuerza de hacernos participar en su proceso de pensamiento.

Coincidía decía, con algunas propuestas como es la de permitimos pensar cómo una situación que es singular, es llevada a lo social y comprender allí efectos o relaciones. Pero lo que yo agregaría es que esa ida tiene también vuelta, pues sólo podemos concebir la circulación del deseo a expensas de un sujeto. Del sujeto

producido y produciéndose (en la historia, en su acontecer) se desliza a un sujeto estallado, disperso o inaprehensible (sin siquiera efectos). Sin desconocer lo universal (cognitivo o lingüístico) como verdadero, o el «poder» de la masa, necesitamos de un sujeto siendo y haciéndose en relación a otros para la ubicación del deseo. Este puede volverse colectivo en su imaginarización ocasional o circunstancial pero su esencia corresponde al individuo.

Cuando Freud piensa en los mitos se plantea que «es muy probable que respondan a desfigurados relictos de unas fantasías de deseo, de naciones enteras, a los sueños seculares de la humanidad joven» (11). Se hace así presente, en esa modalidad «*naïve*» lo señalado por M. Eliade acerca de que todo mito «desde cierto punto de vista es cosmogónico, en la medida que anuncia algún elemento o acontecimiento primordial y queda allí también subsumido lo antropogónico». Referencia a los orígenes que ya señalamos antes pero también en la afirmación freudiana es una propuesta que excede a lo antropogónico ya que al tiempo que alude a un ingrediente estructural, trama social, lleva al mito al lugar de recurso psicoanalítico pues le adscribe la presencia del deseo («fantasías de deseo»). Y queda allí, en la teoría psicoanalítica para dar cuenta de la estructura edípica en la que se jugará siempre y cada vez de manera diferente, singular, la historia de cada ser humano.

Bibliografía

1. CASAS DE PEREDA, Myrta. Acerca de la madre fálica. Fantasía, Concepto, Función. Cuadernos de Psicoanálisis, Suplemento al Vol. XXI, 1989, México.
2. COTTET, Serge: Freud et le desir du Psychanalyste. Ed. Navarin.
3. ELIADE, Mircea: Tratado de historia de las religiones. Ed. Era, México.
4. FOUCAULT, Michel: La verdad y las formas jurídicas. Ed. Gedisa.
5. GIL, Daniel: Sobre el fundamento epistemológico del recurso a la topología y el mito. Inédito.

6. GOMEZ MANGO, Edmundo: Foucault, pensador de lo diagonal. Inédito.
7. GREEN, André: Interpretación, Freud y Psicoanálisis. Ed. Trieb.
8. LACAN, Jacques: Televisión, citado por Serge Cottet en Freud et le desir du
Psychanalyste. Ed. Navarin.
9. LACAN, Jacques: Seminario 2, pág.35, Ed. Paidós.
10. POSTER, Mark Foucault, el Marxismo y la Historia. Ed. Paidós Studio.
11. FREUD, Sigmund: El creador literario y el fantaseo. O.C. T.IX, Ed. Amorrortu.